

SOBRE HISTORIA MUNDIAL HOY

Vera Weiler

*Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Los procesos de globalización son una realidad; su enorme impacto sobre la vida humana los ha convertido en un tema recurrente sobre el que se escribe y se comenta a diario también en Colombia. Los libros que de ellos tratan, ante todo los que lo hacen en tono crítico, baten records en la industria editorial en todo el mundo. Las expectativas que acerca del futuro abrigan cientos de millones de personas se relacionan con lo que ellas esperan, para bien o para mal, de la globalización. Las posturas que los gobernantes ocupan al respecto en el mundo son, cuando menos de aceptación, generalmente de activa participación en pos de la globalización. Por un lado, crece la preocupación y se multiplican las protestas; por el otro, dominan los razonamientos de los especialistas en materia de maximización de los rendimientos de los capitales que presentan la globalización, al estilo que se viene imponiendo, como el camino ineludible del gobierno universal de la eficiencia. ¿Tienen que decir algo los historiadores frente a todo esto?

Al parecer, en Colombia, nuestro oficio se viene desarrollando de alguna manera en sentido contrario a los procesos mundiales caracterizados por su creciente complejidad. Jorge Orlando Melo registra en su repaso de las investigaciones históricas de los últimos cincuenta años, que no obstante la consolidación de “la disciplina en términos de su instalación en el mundo universitario (carreras, maestrías, doctorados, congresos, muchas revistas...), la historia parece, en los noventa, enfrentar una crisis...”¹, una de cuyas expresiones se daría en el hecho de que “cada vez son más raros los trabajos

¹ Jorge Orlando Melo, “Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial”, Leal Buitrago, F. Y Rey, G. (eds.), *Discurso y Razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 2000, p. 168.

de envergadura que traten de dominar un período amplio o se mantengan dentro de las líneas de la ‘historia total’². El autor citado se refiere a la progresiva fragmentación y especialización en el marco de la historia nacional. Hay muchos resultados considerados como progreso notable, esto no está en discusión. Lo que para efectos de las presentes reflexiones resulta relevante es la búsqueda de los vínculos de nuestra disciplina con la realidad de la globalización que identificamos como una de las grandes preocupaciones de la humanidad en el presente. Si, además del resumen del desarrollo del horizonte historiográfico, resultara acertada la observación de Melo, según la cual “los libros de tema histórico proliferan” pero que al mismo tiempo “los historiadores escriben cada vez más para un público conformado por ellos mismos”³, poco podrán decir a la gente sobre el mundo en proceso de globalización en que vive. Es probable que muchos historiadores piensen que se trata de asuntos que no son de su incumbencia. Es difícil saber si esa es la previsión, porque no se ha efectuado discusión explícita al respecto en Colombia.

Lo que se puede inferir de las tendencias arriba subrayadas es la idea de que los historiadores en la actualidad están experimentando una marcada desconfianza en sus posibilidades de participar, de forma relevante, en la comprensión del mundo en su conjunto. Creo que el perfil de los programas curriculares para la formación de los historiadores en el país confirma esa visión. También en los debates cotidianos de la vida universitaria se advierten notables resistencias entre los colegas historiadores contra todo ensanchamiento de los familiares horizontes nacionales. Tímidas sugerencias de ampliación tan solo del horizonte geográfico de los cursos que sobre historia se enseñan suelen caer en el vacío. En su contra, generalmente se invocan un supuesto canon y unas tradiciones del oficio que se asumen como inequívocos y que implican la imposibilidad de hacer historia a escala mundial. En primer lugar, está la investigación original cuya garantía se encontraría en lo que una persona (individualmente) puede hallar en los archivos que tenga a la mano. La unidad pequeña, entonces, es vista como garantía de seriedad. Las repercusiones de tales pautas sobre los esfuerzos de síntesis son evidentes; si no se les ignora, se las tiende a asimilar a la charlatanería, al menos cuando de pretensiones sobre fondo nacional se trata. Y no hemos hablado de la creciente confusión que envuelve el tema de las teorías en historia. En definitiva, en el gremio de los historiadores no se experimenta un ambiente que propicie análisis de mayor envergadura.

² Ibid.

³ Ibid., p. 155.

Las dudas que han proliferado en los últimos años acerca de los temas de la realidad, de la verdad y de la validez de las prácticas científicas en la historia, probablemente también dificulten el estudio de las realidades de la globalización como un desafío para el conocimiento histórico. Pero tal vez no haya duda de que los procesos de mundialización pertenecen al “reino de las no palabras”⁴ y son, en este sentido, susceptibles de ser comprendidos mediante procedimientos científicos de conocimiento. Estamos ante una realidad que es proceso; y es, ante todo, su carácter de proceso, el hecho de que su comprensión esté condicionada en buena parte por la visión que se tenga de sus estructuras históricas, lo que hace que su estudio requiera del concurso de los conocimientos sobre la historia humana. Por esta razón la realidad de la globalización representa un desafío también para los historiadores. Quisiera hacer explícita la idea de que para el futuro desarrollo del conocimiento histórico y para la elaboración de ideas socialmente relevantes sobre la condición humana, considero decisivo que los historiadores asumamos con carácter urgente las realidades sociales y políticas señaladas con el término de la globalización. Frente a ellas, otros retos, sentidos en relación con las presiones postmodernas acerca del conocimiento, están absorbiendo energías que podrían invertirse de modo más productivo.⁵

Uno de los temas que resultarán ineludibles -cuando se asuma la realidad del mundo como es hoy día: desafío prioritario de los historiadores- será el de los horizontes geográficos y temporales que conciernen al oficio; no sería ésta una preocupación nueva para los historiadores. Conceptos como modo de producción, estado-nación, clases sociales e incluso los de la región, la cultura, la civilización son algunos de los que se asocian con la búsqueda, nunca concluida, de las unidades adecuadas para el estudio de la historia. Es hora de volver a plantear la dimensión global; en historia, esto conduce forzosamente a que se hable de Historia Mundial. Este planteamiento quisiera hacerlo para

⁴ Tomé el concepto de N. Postman, *Die zweite Aufklärung. Vom 18. ins 21. Jahrhundert*, Berlin, Berlin Verlag, 1999, p. 96, (orig. *A Bridge to the Eighteenth Century*, New York, Alfred Knopf, 1999).

⁵ En Colombia, para un caso en que este tipo de presiones se asume como reto prioritario para la disciplina histórica se puede consultar Mauricio Archila, “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) Historia Cultural”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 26, Bogotá 1999, p. 249-285. Desde otro ángulo, pero referido a retos parecidos ver también A. Flórez, “La historia en su encerramiento. Una mirada iconoclasta al quehacer de la historia en Colombia”, *Fronteras de la historia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Vol. 5/2000, p. 9-33 y, en la misma revista desde posiciones que denotan un malestar pronunciado; unos apuntes poco articulados Little, R., “La miseria de la historia científicista. Reflexiones sobre actitudes y prácticas del conocimiento histórico”, p. 51-70.

alentar el esfuerzo hacia la revisión de algunas de las orientaciones que rigen nuestros programas de formación profesional y los ideales de la disciplina histórica que transmitimos a nuestros estudiantes.

Las nuevas reflexiones que sobre el viejo tema de las unidades de estudio histórico están al orden del día entre nosotros pueden apoyarse si es que su debate se asume, en algunas experiencias internacionales. Este necesario debate se producirá sobre el telón de fondo de una cierta reanimación que en el campo de la Historia Mundial se viene registrando, de modo especialmente decidido, aunque no únicamente entre los historiadores, en EE.UU., Australia y Holanda. En estos países no sólo ha habido una cierta continuidad en las publicaciones históricas con horizonte mundial, sino que se está consolidando una serie de cursos universitarios en dicho campo. En Australia además se instauró el primer curso internacionalmente conocido sobre la historia humana en el marco de la historia del universo.⁶ La manifestación tal vez más notoria del desarrollo señalado ha sido la creación, en el año de 1982, de la *World History Association* que ahora organiza congresos anuales sobre Historia Mundial y que ha logrado consolidar la importante revista *Journal of World History*. En el año de 1990 esta asociación contaba con 700 miembros comprometidos con la consolidación de la Historia Mundial en el nivel universitario, como una de sus prioridades.⁷ Hay, pues, para tranquilidad de quienes confían en el “nivel internacional” como respaldo de sus propias reflexiones, una corriente algo crecida de la cual se puede beber y que se puede citar como autoridad externa. Lo que no hay es una autoridad internacional absoluta y tampoco hay consenso. Dicho en otras palabras, a nivel internacional el gremio de los historiadores no ofrece un cuadro radicalmente distinto al que hemos citado en relación con el colombiano; solamente es más variado el paisaje y es más difícil que una visión del quehacer de los historiadores logre institucionalizarse como la única.

Con las presentes líneas me propongo entonces poner en discusión algunos argumentos que a favor de la Historia Mundial como marco fundamental del quehacer de los historiadores, han cobrado un cierto vigor como parte de dicho paisaje variopinto que llamamos, a veces, “nivel internacional”.

⁶ Sobre los contenidos del curso en la Universidad Macquarie de Sydney y para los argumentos que lo sustentan ver D.Christian, “The Case for ‘Big History’”, *Journal of World History*, 1991, Vol. 2/2, p. 223-238. Por iniciativa de los sociólogos históricos, el modelo fue seguido en la Universidad de Amsterdam, desde 1996. Al respecto ver Goudsblom, J. Y Spier, F., *Geschiedenis in het groot*, Universiteit van Amsterdam, Dec. 1996 (Programa y Syllabus del curso en dos partes).

⁷ Ver G. Allardyce, G., “Toward World History: American Historians and the coming of the World History Course”, *Journal of World History*, 1990, Vol. 1/ 1, p. 62.

Quizás sea preciso advertir que las demandas que en materia de Historia Mundial se pueden registrar en principio, no siempre se dirigen a los historiadores propiamente. Dadas las pautas dominantes del oficio con su ambivalente raigambre decimonónica⁸, una cierta desconfianza en su voluntad de enfrentarse a tales dimensiones no puede sorprender. Sin embargo, la adopción de la historia por otras disciplinas, por muy provechosa que pueda resultar en algunos casos, también ha sido un aliciente de la fragmentación antes que un camino promisorio hacia una nueva Historia que incluya la escala global. Es más, a la vuelta de una serie de celebradas innovaciones disciplinares e interdisciplinarias se han vistos envueltos en una penumbra incluso los estándares que la disciplina heredó de su fase de consolidación profesional a propósito de las evidencias y de los requisitos retóricos de sus exposiciones. Precisamente, la incorporación de nuevos ámbitos a los objetos de la curiosidad histórica, en ocasiones, ha estado acompañada por el abandono de los rigores de la evidencia y del verbo preciso.⁹ A pesar de lo dicho, interpreto como un reto, que incumbe a los historiadores, los argumentos que reclaman de modo explícito o bien implícitamente por el desarrollo de la Historia Mundial. La razón básica radica en que su disciplina ha desarrollado y ofrece un potencial para defender unos estándares de control empírico sobre los enunciados y un sentido de la historicidad de la condición humana cuya utilidad como instrumento de conocimiento científico no ha sido invalidada. Al mismo tiempo, no hay disciplina en el horizonte que garantice sistemáticamente su aplicación. Desconfío por estas razones, al menos de momento, de la invitación a resolver lo que se ha llamado la crisis de la disciplina de la historia mediante fusiones interdisciplinarias o transdisciplinarias vistas como esperanzadora panacea.¹⁰

Urgencias específicas del presente

Hemos sostenido que la globalización impone la restauración de la dimensión mundial en historia. ¿Qué significa y qué no, tal aserto? En primer lugar, podemos tomar en serio el carácter histórico de las diversas unidades sociales

⁸ Dicho anclaje, en general se asume como un hecho sin discusión. Una valiosa problematización del mismo se encuentra en Tilly, Ch., *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enorme*, Madrid, Alianza Ed., 1985, especialmente p. 33-80.

⁹ El esbozo historiográfico citado de Jorge Orlando Melo presenta unas observaciones preocupantes a este respecto justamente en relación con algunas novedades, también para el caso colombiano. Vea *op. cit.*, especialmente p. 170.

¹⁰ Para una argumentación en su favor vea Flórez, A., el artículo citado en la nota 5.

que suelen servir de marco de los estudios históricos. Esto implica simplemente que no podemos hacer enunciados basados en tales unidades como si ellas pudieran servir de marco de referencia de alguna teoría general de los asuntos humanos. Al parecer, un requisito así no tendría que ver especialmente con la globalización; ciertamente, podría ser un lugar común al menos entre historiadores, pero en realidad no lo es. Es un rasgo bastante generalizado entre los historiadores, una cierta renuencia a hacer explícitos los supuestos teóricos y las consecuencias teóricas de su trabajo.¹¹ Dicho hábito, sin embargo, no puede ocultar el hecho de que en los diversos discursos sobre la historia abundan los supuestos generales implícitos acerca de los asuntos humanos. Ahora bien, si los historiadores asumen consecuentemente la historicidad de su habituales unidades de estudio, se abrirán fácilmente a nuevas respuestas para solucionar su vieja pregunta sobre “¿Cuál es la escala apropiada para estudiar la historia?”¹² Si entre las unidades que dominan los estudios no hay ninguna que pueda funcionar de referente general, la humanidad en su conjunto vuelve a entrar en el campo visual. Por esta vía se llega necesariamente a reconsiderar el horizonte mundial, que a su vez se enlaza con las dimensiones características de la globalización. Ésta, en realidad, impulsa hacia dicho horizonte de una manera que afecta especialmente al estatus del estado-nación como unidad que aún sigue dominando el quehacer y la organización institucional de los historiadores. El hecho más notorio a tener en cuenta es el debilitamiento del control de los estados-nación sobre algunas esferas que les eran tan propias que se les consideraba como elementos que los definían. Esta tendencia es especialmente manifiesta en el ámbito de la autoridad fiscal, aunque en otros campos también se registre. Aquí no se trata de discutir esa tendencia de la relativa reducción del poder de las instituciones estatales presentada en una ya vasta bibliografía,¹³ simplemente queremos registrar que muchos sucesos de los últimos decenios desbordan una historiografía cuya unidad fundamental de análisis y de proyección ha sido el estado-nación. Desde este ángulo también resulta evidente que el estudio de muchos de los procesos sociales demanda la escala mundial.

¹¹ El historiador australiano Keith Windschuttle supone que “The killing of history is being perpetrated to some extent by the theoretical naivety of historians themselves.” *The Killing of History: How literary critics and social theorists are murdering our past*. New York, The Free Press, 1997, p. 4.

¹² D. Christian, *Op. Cit.*, p. 223.

¹³ Ver para una ilustración general Z. Bauman, *Globalization. The Human Consequences*. New York, Columbia University Press, 1998, especialmente el capítulo “After Nation-state - What?”, pp. 55-76. U. Beck, *Was ist Globalisierung?*. Frankfurt/M., Suhrkamp Verlag, 1997. H.-P. Martin, H. Schumann, *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*. Madrid, Taurus, 2000, esp. pp. 243-279.

Los grandes capitales productivos, ante todo los especulativos, buscan la conversión del mundo en un mercado sin límites; sus impulsos han generado realidades que se sienten por doquier. Incluso, los mercados laborales están sometidos a la internacionalización. La entrada acelerada e intensa de la cultura electrónica y de la información masiva en todos los países es otra faceta de la globalización. Esta, al menos mediante la telecomunicación, se transmite hoy también a los hogares colombianos en donde suscitará nuevas preguntas y alimentará viejas inquietudes, no sólo sobre el destino humano sino sobre las desigualdades en el mundo. Todos estos argumentos son apenas unos apuntes que hacen pensar que es preciso desarrollar con decisión el horizonte global también en historia, si se pretende que la historia que se escribe y que se enseña sea la del mundo en que vive la gente realmente.

Tal vez las cuestiones relacionadas con los problemas del medio ambiente representen uno de los ámbitos en que primero se evidenciaron las interdependencias mundiales, al mismo tiempo que lo hiciera el peso del pasado histórico de corto, mediano y muy largo plazo.¹⁴ Éste es a la vez un terreno en que se observan con claridad los límites de las visiones que privilegian a los Estados nacionales como base de unas soluciones que se han convertido en cuestión de supervivencia de toda la humanidad. La negativa de los EE.UU. frente a la agenda de Kioto no representa la primera frustración al respecto; se advierte, pues, que las soluciones para el futuro no se pueden plantear a partir del marco nacional como en cierta medida fuera eficaz hacerlo aún hace un siglo.

Ahora bien, la necesidad de nuevas formas internacionales de acción colectiva se plantea no sólo en relación con los problemas ambientales; la invocan también diversos críticos de la globalización del tipo que avanza bajo las banderas del fundamentalismo de mercado.¹⁵ Los observadores de los movimientos contra esta globalización, por su parte, recalcan el surgimiento de formas de protesta social y política que son distintas de las que en el pasado se han conocido como organizaciones internacionales con base en organizaciones nacionales. El recurso de movimientos sociales de tipo más regional o local a la solidaridad humana mediante redes de comunicación mundiales señala una dirección similar.

¹⁴ Para mayor ilustración ver W.H., McNeill, *Plagues and Peoples*. New York, Anchor Books, 1998.

¹⁵ He tomado el concepto de G. Soros, *La crisis del capitalismo global*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999. El autor introduce el concepto en la p. 22, donde sostiene que "El fundamentalismo del mercado es el responsable de que el sistema capitalista global carezca de solidez y sea insostenible."

Al otro lado se encuentra la progresiva conformación de una nueva élite internacional comprometida con unos intereses y una visión del mundo que estimula su distanciamiento de lo que alguna vez se identificara como interés nacional, al igual que con la creación de instituciones que trascienden el marco de los Estados nacionales.

Son globales también los principales riesgos que enfrenta el mundo actual. Tales riesgos se derivan, por ejemplo, de la economía energética mundial, en particular, del calentamiento del globo.¹⁶ Otros riesgos de magnitudes similares los engendra el capitalismo global de la industria financiera.¹⁷ En éste, como en otros campos, se hacen cada vez más insistentes las voces que señalan la posibilidad de unos desenlaces con consecuencias catastróficas para toda la humanidad. Las advertencias acusan un sentimiento de urgencia; hay un problema de tiempo. No todo se puede resolver en un momento cualquiera; la historia está llena de lecciones sobre esto. Los historiadores, por oficio, las podrían entender mejor que muchos expertos en modelos atemporales. Los historiadores también pueden integrar el cuadro explicativo de la génesis en el largo plazo de este mundo globalizado. Por esta vía se puede develar el carácter de la intervención humana en la constitución de dicho mundo; y esto puede ayudar a superar al nihilismo y las desesperanzas frente a una globalización experimentada como una máquina fuera del control humano. La Historia Mundial así también se presenta como un imperativo de la búsqueda de formas de acción colectiva más acordes con el mundo real.

Aparte de la coyuntura

La cronología de la lenta pero sostenida reactivación que en el terreno de la largamente marginada Historia Mundial se observa a nivel internacional revela una alta correlación con los procesos de la globalización. Pero, si bien estos procesos parecen impulsar de manera más decidida y específica hacia el crecimiento del interés por la Historia Mundial, también existen razones a favor de la escala mundial en historia que no se deben a esos desarrollos relativamente recientes. Los debates que en años pasados se han dado sobre

¹⁶ Sobre la relación de dicho fenómeno con las grandes inundaciones y con el peligro de que sucumban ante él numerosas aglomeraciones urbanas del mundo vea H.-P. Martin, Schumann, H., *op. cit.*, pp.42-43.

¹⁷ Son cada vez más quienes advierten los riesgos inherentes a la maquinaria financiera para todo el mundo. Se encuentran abundantes citas provenientes de expertos del mundo de las finanzas en H.-P. Martin, H. Schumann, *op. cit.*, pp. 55-121. La exposición muy legible para un público no especializado de manos de un poderoso *insider* de las grandes finanzas, también resulta reveladora. Ver Soros, G., *op. cit.*, p. 23 y especialmente cap. 3.

el asunto, han refrescado unos argumentos latentes y actualizan experiencias que venían cayendo en el olvido. Quisieramos recoger algunas de ellas.

Los seres humanos necesitan una visión del mundo del que forman parte conjuntamente

Los autores que se refieren al campo en discusión coinciden en la idea de que una razón importante para desarrollar la Historia Mundial radica en una necesidad fundamental de los seres humanos: la necesidad de una idea, de un cuadro, de un relato, de alguna explicación del mundo y de su lugar en él.

Al tiempo, en relación con el anterior proceso, entre nosotros viene cobrando peso la preocupación por el sentido de pertenencia. Con participación de las diversas disciplinas, se ha intensificado el esfuerzo por formular unas políticas que promuevan el sentido de pertenencia con respecto a diversos ámbitos. Unas veces se piensa en una universidad concreta, en otros casos se apunta a alguna región, pero con más frecuencia la mirada queda atrapada de una vez por la nación. A veces, con vigor desvanecido, aparece el horizonte continental de América Latina; sin embargo, toda promoción de cualesquiera de tales referentes deberá partir de las preguntas y respuestas que las personas se plantean efectivamente con respecto a su ubicación en el mundo antes de tratar a uno u otro de los horizontes posibles como definitivo.

La necesidad de alguna representación de conjunto del mundo es vista como un rasgo elemental de la condición humana por psicólogos cuyas inquietudes trascienden los problemas de la adaptación ideal a las exigencias de alto rendimiento. Ocupó un lugar destacado entre ellos Helen Lynd, quien marcara un hito para los estudios sobre los problemas de la identidad hace ya más de cincuenta años y que poco a poco se ha convertido en una referencia corriente más allá de sus colegas de profesión. Trataba ella como un hecho completamente natural el que las personas se plantearan preguntas como ¿Quién soy?, ¿A qué pertenezco? Y sostenía que “El tipo de respuesta con que uno responde a la pregunta ¿Quién soy? en parte depende de cómo se responda a la pregunta ¿En qué sociedad y en qué mundo estoy viviendo?”¹⁸ Se partía, pues, del hecho de que esos interrogantes estaban relacionados entre ellos y que no eran exclusivos de ningún grupo específico de seres humanos.

Otros autores han sido más explícitos con respecto a una dimensión histórica asociada a la necesidad humana de una orientación amplia sobre el mundo. Neil Postman, quien alcanzara la fama internacional con su estudio

¹⁸ Ver H.M. Lynd, *Shame and the Search for Identity*, New York, Harcourt Brace, 1958, pp. 13-15.

sobre la transformación de la política en *showbusiness*, es uno de ellos. En un trabajo más reciente, él identifica la ausencia de una historia que presente a la Humanidad en calidad de referente fundamental como un hecho sumamente problemático de la actualidad. Postman ve una estrecha relación entre esa carencia y la alarmante difusión del nihilismo y de un estado de depresión generalizado. De acuerdo con sus observaciones, no surge una visión del futuro humano en donde no hay visión del pasado humano.¹⁹

Entre los historiadores mundiales también ha habido pronunciamientos que se refieren a la necesidad humana de una visión del mundo en su conjunto. William McNeill, uno de los pocos historiadores mundiales ampliamente conocidos, se refirió al tema con ocasión de una conferencia que pronunciara en el año de 1981 bajo el título algo dramático de “A Defense of World History”²⁰. McNeill iniciaba su exposición recordando que alguna vez había sido natural que la Historia Mundial fuera tomada como “única base palpable para la comprensión del pasado”²¹. El hecho de que los historiadores profesionales modernos apenas hayan logrado incorporar esta tradición tiene diversas explicaciones cuyo análisis es muy necesario pero no es objeto de las presentes líneas. Vale la pena, sin embargo, subrayar que McNeill considera que “Las mentes humanas anhelan entender las cosas en los términos más grandes posibles” y que “La universalidad de tal demanda resulta demostrada por la universalidad de los mitos fundacionales, que explican cómo el mundo llegó a ser como es”. El autor habla explícitamente de “La necesidad de tal comprensión omniabarcadora”, que no habría desaparecido con el ascenso de la concepción anglo-americana etnocéntrica de la significación de la historia.²²

Podríamos leer como un indicio de la señalada necesidad también el entusiasmo con que el público lector amplio recibió en su tiempo las obras de Spengler y Toynbee. Entre los grandes trabajos que sobre Historia Mundial se han publicado, los de estos autores probablemente son los que mayor popularidad alcanzaron. Su éxito editorial, en todo caso, fue extraordinario y constituye en sí un hecho que amerita nuestra atención. Ciertamente, se trata de un hecho que contrasta un tanto con el juicio que se impuso entre los historiadores de oficio. Entre ellos se consolidó un tipo de crítica profesional, al tiempo que lo

¹⁹ Ver N. Postman, *op. cit.*, p. 16.

²⁰ Prothero Lecture, 1º de julio de 1981. Publicación original en Royal Historical Society, *Transactions*, 5th ser., vol. 32, 1982, reimpreso en McNeill, W. H., *Mythistory and other Essays*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1986, pp. 71-95.

²¹ *Ibid.*, p. 71.

²² Todas estas citas *ibid.*, p. 93.

hicieran las preferencias por el trozo supuestamente más manejable, que no se queda en buscar las limitaciones de las obras concretas, sino que termina desalentando todo empeño a gran escala.

Hay muchos indicios de que la necesidad señalada es tan poderosa que, con la participación de los historiadores o sin ella, siempre encuentra algún camino. Muchas veces esta necesidad se ha plasmado en explicaciones del mundo que unas comunidades relativamente aisladas han adoptado para ellas mismas; pero “las circunstancias de nuestros tiempos demandan un enfoque global sobre cómo las cosas llegaron a ser como son”.²³ De modo que si los historiadores no responden a esa demanda otros lo harán a su manera. Quizás, la popularidad de nuevo creciente de la filosofía tenga que ver, en parte, con eso.

La escala mundial puede aumentar la visibilidad

La Historia Mundial plantea una perspectiva que permite ver cosas que ninguna otra perspectiva particular revela. Y entre las cosas que de este modo se hacen visibles, hay muchas que revisten importancia vital para los hombres, probablemente hoy más que nunca. Éste es, en resumidas cuentas, el argumento central que esgrimen con insistencia los defensores de la Historia Mundial. Como es natural, no hay plena claridad sobre cuáles son esas cosas que resultan accesibles desde una óptica mundial; no hay consenso acerca de qué comprende propiamente la Historia Mundial. Por su sabor democrático y su promesa de rescatar del olvido a los que quedaron invisibles en las historias de los vencedores, el ideal de una Historia Mundial pensada como la suma, por partes más o menos iguales, de todas las historias, por ejemplo, reviste cierta capacidad de seducción. Vamos a volver sobre una experiencia que ha llevado lejos tal idea, en un aparte sobre un gran proyecto colectivo impulsado por la Unesco después de la Segunda Guerra Mundial. Otra vertiente, a la cual pertenecen autores como William McNeill y Leften Stavrianos y que orienta también los esfuerzos de la World History Association, no comparte ya el ideal de una Historia Mundial diseñada como una compilación de todas las historias posibles. Sus representantes propugnan más bien por la investigación de la Historia Mundial con el fin de descubrir las pautas que la hacen inteligible como tal. Las reflexiones de esta corriente parten de la existencia histórica real de la especie humana en términos de la humanidad. La idea comporta varias dimensiones: una es la historia humana como un conjunto indivisible; como un fondo común de experiencia que no es de unos grupos específicos, sino un recurso de toda la humanidad.

²³ Ibid., pp. 90-91.

La urgencia de activar este recurso aumenta en la medida en que crecen las interdependencias globales entre los hombres, es decir, que lo hace al ritmo con que se disminuye la posibilidad de derivar orientaciones realistas a partir de fragmentos aislados. Desde hace ya muchos años, Leften Stavrianos señala la presión que ejerce sobre la Historia Mundial la necesidad de comprender el mundo, a la vez que insiste en que la historia de la humanidad comporta una unidad básica que ha de ser reconocida y respetada como tal.²⁴

Otro aspecto del restablecimiento de la humanidad como marco más amplio de las historias diversas son las mejores posibilidades de resolver el problema que se suele señalar como del contexto. Toda unidad social y todo período se inscribe en un contexto y ese contexto forma parte de otro más amplio. ¿Cuál es la circunscripción relevante para cada caso? El asunto suele resolverse de manera bastante arbitraria porque se carece de un mapa general; la Historia Mundial apunta a la construcción de tal mapa; éste comienza por el registro de la presencia y distribución, a lo largo del tiempo, de los seres humanos en el planeta y apunta a la ubicación de las diversas formas de sustento y organización que la especie ha desarrollado a lo largo de su existencia.

En Historia Mundial, en principio, no tiene por qué haber conceptos de tiempo y espacio que restrinjan la visión, generalizando experiencias específicas. Desde luego, en Historia Mundial poco suelen funcionar las periodizaciones corrientes formuladas a partir de la autopercepción de Occidente. Así, por ejemplo, prima el interés por el proceso en que la humanidad dio el paso a la producción de sus alimentos, sobre un caso de revolución neolítica en términos particulares locales. Luego, se consideran las consecuencias de dicha transición sobre el horizonte de la humanidad en vez de adscribirlas a una línea meritocrática de alguna civilización en especial. Para poner otro ejemplo, la Historia Mundial se interesa por los contactos que se han dado entre las diversas civilizaciones, por la interacción entre ellas y, muy en especial, por los procesos de aprendizajes mutuo que se han dado. "El énfasis, en consecuencia, está puesto sobre los movimientos que tienen influencia a lo largo del mundo."²⁵ Cuando se buscan pautas inteligibles de esta historia, la transposición de las periodizaciones elaboradas para hacer inteligibles a unos procesos locales resultan de poca utilidad, aunque sí pueden atender algunas necesidades de comparación. La escala mundial en historia forzosamente tiene que reanimar la perspectiva del largo y muy largo

²⁴ Ver Stavrianos, L.S., *The World to 1500. A global History*. New Jersey, Prentice-Hall, 1982 (orig. 1970), p. XII.

²⁵ Ibid., p. XIII.

plazo.²⁶ Éste es uno de los puntos de coincidencia entre los defensores de la Historia Mundial y la corriente de inspiración eliasiana en sociología²⁷, para ambos, una mayor comprensión de la estructura de los procesos de largo plazo es un factor clave para la validación de toda idea acerca del corto plazo. Tal vez haya sido de unos historiadores la iniciativa para dilatar el horizonte temporal de manera decidida y de un modo que sacara, por ejemplo, a los orígenes de la especie de su existencia apartada y que llevara a la reintegración efectiva de esos orígenes a la Historia Mundial. En todo caso, hoy este tipo de esfuerzos cuenta con la participación destacada igualmente de la escuela sociológica mencionada.

Puede crecer el interés por las potencialidades latentes de la Historia Mundial también en la medida en que tal horizonte se manifieste más claramente como un requerimiento para responder a una serie de inquietudes fundamentales de nuestros contemporáneos. Obviamente, no todo el mundo piensa en “globalización” al enfrentarse a los asuntos concretos de su vida cotidiana; pero la mayoría de nuestros contemporáneos compara las condiciones de su existencia con las de otras personas dentro y fuera de su propio país; y, en relación con esas comparaciones, la gente también se hace alguna idea sobre sus perspectivas, a nivel colectivo tanto o más que a nivel individual. Entre los trabajos de los historiadores no es alta la proporción de los que recogen ese tipo de inquietudes. Uno de los ejemplos relativamente escasos es el libro con que David Landes, uno de los más conocidos historiadores de la tecnología, trató de ofrecer una respuesta a la pregunta ¿Por qué son unos países tan ricos, mientras otros son cada vez más pobres?²⁸ Landes deriva la pertinencia de su estudio de las preocupaciones corrientes de la gente. Por un lado la pobreza; por el otro, y para Landes con carácter prioritario, la creciente preocupación que esa suscita en los países ricos esa pobreza cada vez más grande. Lo que para nuestros efectos interesa del libro, en primer lugar, no es la calidad de las respuestas que formula Landes; lo que aquí importa resaltar

²⁶ Sin embargo, no suele encontrarse ni el vocablo de la “longue durée” que, después de todo, resultó un concepto poco articulado. Para puntos críticos al respecto ver Casanova, J., *La Historia social y los Historiadores*. Barcelona, Ed. Crítica, 1991, p. 62 y, más matizado Tilly, Ch., *op. cit.*, pp. 87-96.

²⁷ Ver J. Goudsblom, E. Jones, y St. Mennell, *The Course of Human History. Economic Growth, Social Process, and Civilization*. New York, M.E. Sharpe, 1996. Sobre el tema es especialmente explícito Stephen Mennell en la introducción, pp. 3-13.

²⁸ D. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*. Barcelona, Ed. Crítica, 1999. Para una presentación del libro ver la reseña de Abel López en la presente revista.

es el origen extraacadémico del problema que guía el trabajo; luego el hecho de que es la naturaleza de ese problema lo que impulsa la escala del estudio. Se asume la demanda de unas explicaciones que difícilmente se pueden esperar de unas historias que se asustan ante el conocimiento de escala. Por eso Landes quiso escribir *Historia Mundial*, es decir, esa era la escala adecuada una vez que se considerara relevante la pregunta señalada. “Mi propósito al escribir este libro es hacer historia mundial...”²⁹ Había también cierta idea del tipo de *Historia Mundial* en que era preciso pensar, pues, “historia mundial, pero no en el sentido multicultural y antropológico de una igualdad intrínseca: todos los pueblos son iguales y el historiador trata de ocuparse de todos ellos”. Como hemos anotado, esa idea de que la *Historia Mundial* ha de ser algo distinto a la simple agregación de historias, hoy es bastante generalizada entre quienes propenden por la *Historia Mundial*. En el caso señalado, el resultado ha tenido una enorme acogida; hubo premios y elogios por parte de colegas famosos, pero ante todo, fue por buen tiempo un *bestseller*, un libro de historia que llegó al gran público; incluso el mercado colombiano, tan afectado por la crisis, acogió ediciones diversas de *La riqueza y la pobreza de las naciones*.

A pesar de sus méritos, la obra del profesor emérito de Harvard, David Landes, también formula unas respuestas bastante discutibles, porque procede de una manera que se revela problemática precisamente con respecto a la promesa de hacer *Historia Mundial*. ¿Qué resulta problemático en relación con nuestro tema? El autor se propuso “rastrear y analizar la corriente principal del progreso económico y de la modernización: ¿cómo hemos llegado hasta aquí y quiénes somos, en términos de producción, adquisición y gasto?”.³⁰ Y es precisamente por este camino que su idea de *Historia Mundial* quedó atrapada de entrada por un modelo, de uso aun bastante corriente, de la historia reciente de Occidente. Este es un modelo del progreso económico en singular. Landes no logra deshacerse de la admiración por el desarrollo capitalista de Occidente. Immanuel Wallerstein sugirió que haría falta superar la tal abismada admiración para comenzar al tiempo a superar el eurocentrismo en las ciencias sociales en serio³¹. El ejemplo

²⁹ Ibid., p. 11. El texto que estoy citando, en realidad traduce “historia universal”, cosa que me parece errónea. El original dice “world history” y, creo que lo hace conscientemente. Ver D.S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations. Why some are so rich and some so poor*: New York, Norton, 1999, p. XI.

³⁰ Ibid.

³¹ Me refiero especialmente a Wallerstein, I., “El eurocentrismo y sus avatares”, *New Left Review. Edición en castellano*, No. 0, enero de 2000, pp. 97-113. Para el transfondo más amplio de las inquietudes de las cuales aquí se trabaja una en particular ver Immanuel Wallerstein, “El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social”, en el libro del mismo título editado por Roberto Briceño León y Heinz R. Sonntag, Caracas, Centro de Estudios del Desarrollo - Universidad Central de Venezuela, 1999, pp. 11-61.

comentado sirve como ilustración de que la loable voluntad de tomar en la mira la escala mundial por sí sola no ofrece garantías de que se vayan a superar las deficiencias de la historia que se escribe a partir de escalas más reducidas.

Experiencias: la paz, el igualitarismo y el eurocentrismo

No hay duda, la historia profesional dominante ha ido privilegiando la especialización en primer lugar dentro del marco nacional. En 1974, Perry Anderson resumía los estándares que gobernaban el oficio en las siguientes palabras: “Los marcos tradicionales de la producción histórica son los países singulares o períodos cerrados. La gran mayoría de la investigación cualificada se lleva a cabo dentro de los confines nacionales; y cuando un trabajo los sobrepasa para alcanzar una perspectiva internacional, normalmente, toma como frontera una época delimitada.”³² La sustancia poco ha cambiado aunque las pautas dominantes, consolidadas en los decenios de explosión historiográfica, hoy estén bajo presión. El marco nacional, luego permeado por las ciencias sociales, había conseguido un sólido anclaje institucional; esto en muchas partes está cambiando.³³ Múltiples esfuerzos de renovación implican la merma del piso institucional de la disciplina de la historia de un modo que, ciertamente, no resulta muy prometedora para las inquietudes que con respecto a la Historia Mundial estamos presentando. Si se piensa en las fusiones transdisciplinarias, éstas, al menos en la actualidad, tienden a aumentar la confusión conceptual en vez de superarla. Por otro lado, los historiadores aún buscan su salvación profesional en el “retraimiento en el santuario de las áreas de su especialización”³⁴. Los defensores de la Historia Mundial generalmente no parecen ser partidarios de la disolución de los soportes institucionales de la disciplina de la historia. Entre ellos parece ser mayor la preocupación por el pleno desarrollo de las potencialidades de la disciplina, cosa que tienden a ver como un requisito de su supervivencia. Ésta, por su parte, resulta deseable en la medida en que, al parecer, ofrece mayores garantías que otras opciones para la presencia de la dimensión histórica en los escrutinios futuros sobre los asuntos humanos. Así que es un instrumento del realismo cognoscitivo lo que está en juego.

En ese contexto puede resultar provechoso sacar a algunas experiencias, marginadas por las pautas dominantes, de entre las corrientes subterráneas de

³² P. Anderson, *El Estado Absolutista*, México, Siglo XXI editores, 1987, p. 3 (orig. 1974).

³³ Ver K. Windschuttle, *op. cit.*, pp. 4-5.

³⁴ G. Allardyce, “The Rise and Fall of the Western Civilization Course”, *American Historical Review*, June 1982, V. 87, No. 3, p. 696.

la historiografía. Cuando la historia económica y social vivió su ascenso, ella también se benefició de sus precursores deficientes en la medida en que supo redescubrir, para sus necesidades, una serie de estudios realizados en un período de la historiografía que se solía clasificar como de dominio absoluto de las cuestiones políticas y militares. La naturaleza de los aportes que la Historia Mundial ha producido, desde su relativa clandestinidad, son de otra índole tal vez menos inmediata. Los trabajos que ayudan realmente a ampliar el horizonte factual relevante son más recientes y se deben en buena parte al crecimiento de los estudios regionales. En el pasado son más frecuentes las experiencias que ofrecen lecciones de conceptos y enfoques. En algunos casos, será útil recordar simplemente lo que se ha hecho para formular puntos de partida nuevos, en donde tendemos a repetir. Las resistencias en relación con la Historia Mundial, en parte, se alimentan de una posición justamente crítica frente a ciertos rasgos que han caracterizado a los trabajos más conocidos de dicho campo. Sin duda, las tradiciones de corte eurocentrista e imperial de buena parte de la llamada Historia Universal son las que mayor desconfianza suscitan; pero, entonces, ocurre lo mismo que con los problemas del conocimiento científico cuyo entierro se canta a veces con ligereza increíble. Si se soslaya el esfuerzo por identificar en qué exactamente consistió la debilidad de las herramientas conceptuales y de las maneras de razonar, se va demasiado lejos al echar por la borda conocimientos y experiencias de gran valor para la orientación de los seres humanos. Es preciso rescatar a la Historia Mundial de la esfera de los asuntos cubiertos por la etiqueta de “cosa juzgada”.

Ya se ha anotado que la continuidad de la producción en el campo de la Historia Mundial es mayor de lo que hoy se suele saber fuera de los círculos especializados en historiografía. No se dio una verdadera interrupción ni en los períodos de mayor fervor nacionalista en la disciplina. Ni siquiera en Alemania se produjo una solución de continuidad en este terreno. Los nombres de Schiller, Schlosser, Schloezer, Lamprecht y Spengler pertenecen a una línea de continuidad. Al lado de las obras escritas se encuentran esfuerzos realizados para institucionalizar una visión más amplia de la historia; así, Karl Lamprecht estableció una historia más cosmopolita que la que dominaba, en el marco del Instituto de Historia Universal y de la Cultura creado por él en la Universidad de Leipzig, y no se trata de un caso único.

Muchas veces, aunque no siempre, la inclinación por escribir historia nacional con una ventana hacia la de “los otros” estuvo marcada por el enciclopedismo. Herederas de ella son numerosas colecciones de libros bajo el título de la Historia Universal que aún hoy se encuentran en todas partes. Es cierto que los historiadores han tenido sus dificultades para encontrar en la Historia Mundial más que fragmentos y en donde han tratado de enlazar

desarrollos diversos lo hicieron casi siempre guiados por el etnocentrismo de sus respectivas unidades de procedencia. Pesa mucho la tradición de las Historias Universales que compilan períodos y civilizaciones, todas las veces de nuevo acorde con las convenciones occidentales más tradicionales, y que no logran ofrecer una explicación coherente de la historia de la humanidad porque no han seguido con insistencia suficiente el problema de cuáles son las fuerzas que articulan la Historia de la Humanidad. Las limitaciones con que se ha cargado este campo en buena parte se deben a las reacciones virulentas contra los esfuerzos que asumen la escala mundial en historia por parte de las corrientes dominantes del gremio mismo de los historiadores;³⁵ sin embargo, no todas las experiencias que en Historia Mundial se acumularon en el pasado se agotan en la compilación enciclopédica ni tampoco en el acomodo nacionalista o eurocentrista.

Historia Mundial – por la paz

Los historiadores profesionales no supieron responder a la catástrofe de la Primera Guerra Mundial.³⁶ No obstante, los horrores de aquella catástrofe colectiva se tradujeron en impulsos en el campo de la Historia Mundial. En amplios círculos, se desvanecía el optimismo acerca del curso del mundo y resurgieron las preguntas y dudas sobre los designios humanos. El orden de las naciones poderosas y los valores de los cuales ellas eran portadoras habían perdido el brillo de los decenios previos a la guerra. En este contexto también resurgió la idea de una relación particular entre la Historia Mundial y la paz. El momento era propicio para pensar en que un proyecto de paz debía ligarse a un tipo de historia que trascendiera la escala nacional y, por supuesto, que tampoco podía ser la historia de las relaciones diplomáticas al estilo del siglo XIX.

H.G. Wells fue, en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, un activista de los movimientos pacifistas. Wells aquí resulta de interés como uno de los exponentes de una Historia Mundial al servicio de la paz entre los

³⁵ El caso de Lamprecht, por ejemplo, reviste carácter paradigmático. Los colegas emplearon todas sus armas para marginar a Lamprecht dentro del gremio y para prevenir al estudiantado de que Lamprecht era un “charlatán” y un personaje falto de seriedad en materia del método que debían seguir los historiadores. Después de su muerte, en 1915, Lamprecht fue marginado completamente de los libros “serios” de historia. En el contexto actual, llama especialmente la atención que Lamprecht fuera señalado por sus poderosos colegas de “materialista”, cosa que implicaba una condena política. Ver H. Schleier, “Der Kulturhistoriker Karl Lamprecht, der ‘Methodenstreit’ und die Folgen”, en K. Lamprecht, *Alternative zu Ranke. Schriften zur Geschichtstheorie*. Leipzig, Verlag Philipp Reclam jun., 1988, pp. 7-45.

³⁶ Ver W. McNeill, “A Defense...”, *op. cit.*, p. 93.

pueblos. Cuando, al terminar la guerra, se propuso escribir una Historia Mundial, pensaba que su libro debería convencer al lector de un nuevo sistema de valores; para tal fin, quería contar “la historia como historia del hombre”. Esbozó entonces una suerte de programa pedagógico que hoy, casi a un siglo de su confección, reviste una sorprendente actualidad. Decía Wells: “Queremos enseñar a los pueblos de la tierra la verdad: la verdad que todos ellos tienen un origen común, que todos ellos participan en una misma obra y que todos ellos contribuyen a un objetivo final común” Puede que “un objetivo final común” revista un sabor teleológico, pero, inscritas en la obra y su tiempo, estas palabras pueden leerse simplemente como expresión de la necesidad de paz y de la idea de que los hombres pueden lograrla. El nuevo libro que hacía falta para educar a la juventud en unos valores comunes, para Wells debía ser un libro de historia mundial tanto como lo había sido la Biblia que había unido a la gente de occidente por siglos.³⁷ No hará falta resaltar que la propuesta no era la de escribir otra Biblia.

Apareció en 1920 en Londres el *Outline of History* en 2 volúmenes³⁸ y en 1926 *A Short History of the World*.³⁹ Pronto se dieron las traducciones. Quisiera destacar de la obra de Wells sobre Historia Mundial algunos aspectos: en vista de los marcos no sólo espaciales sino también de tiempo que suelen asumirse como condición de prudencia profesional entre los historiadores de oficio, la obra de Wells produce vértigo.⁴⁰ Su historia no se inicia con la exposición sobre una civilización o un Estado, ni tampoco sobre una cultura en particular. El mundo en el espacio, el mundo en el tiempo, los comienzos de la vida, luego las diversas etapas de la evolución biológica previas a la aparición de los primeros mamíferos y, finalmente, el surgimiento de la especie humana son los temas de sus breves capítulos iniciales. Así, en la comprimida versión de la Historia Mundial de Wells se identifican claves que hoy, de nuevo resultan relevantes a los ojos de los historiadores mundiales. El origen común, el condicionamiento común de la existencia humana, es visto como un hecho histórico real y tan fundamental que ha de constituir parte integral de la Historia Mundial cuando ésta se piensa como una contribución a la construcción de la paz en el mundo. Desde luego, tal visión de las cosas atribuye a los hombres

³⁷ Ver G. Allardyce, *op. cit.*, pp. 27.

³⁸ Cit. por G. Allardyce, “Toward World History: Amercian Historians and the Coming of the World History Course”, *Journal of World History*, Vol. 1, No. 1, University of Hawaii Press, Spring 1990, pp. 24.

³⁹ Estoy usando una versión alemana, *Die Geschichte unserer Welt*, Zürich, Diógenes Verlag, 1975.

⁴⁰ Charles Tilly la despacha en dos palabras como esquemática. Ver Ch. Tilly, *op. cit.*, p. 87.

la capacidad de intervenir en su destino. Fue éste un intento de hacer conciencia de la unidad de la historia de la especie precisamente en un período marcado por la fragmentación altamente conflictiva que había dado origen a la magna catástrofe de la Guerra Mundial y que después de ella iba a engendrar otra peor, tal como Wells pronosticara en las páginas finales del libro citado.

Pocos esfuerzos hizo nuestro autor por encantar al gremio de los historiadores del cual, en realidad, no formaba parte. Los gobernantes de turno tampoco eran depositarios de sus expectativas. Su versión de la Historia del Mundo se dirigía más a los pueblos. Los gobiernos establecidos no solo no habían podido impedir la guerra sino que, en feliz unión con sus expertos militares, la habían alentado y prolongado contra su propia convicción y sin consideración para con las incontables víctimas.⁴¹ Luego los gobiernos fallaron en el intento de ponerse de acuerdo sobre un nuevo orden internacional que le quitara el piso a la guerra. Parecía ser mayor la disposición por parte de los pueblos que habían sufrido todos por igual. En consecuencia, para Wells, los gobiernos con sus egoísmos particularistas no son los mejores interlocutores para las lecciones que se pueden extraer de la Historia Mundial. En la idea del autor citado, éstas alimentan una postura crítica de los pueblos frente al orden internacional establecido, contrario a sus intereses más elementales. La historia que cuenta Wells, naturalmente, no conduce a la demostración de la aptitud particular de ninguna colectividad específica para asumir la tarea de mejorar el mundo, pero sí fomenta la idea de que las posibilidades de lograrlo son reales y están al alcance de los hombres. En tal contexto resulta significativo el hecho de que la historia de Wells restituyera a la Humanidad en el largo plazo como ordenadora relevante para la representación del destino humano. Cabe recordar, sin embargo, que ello ocurre al margen del gremio de los historiadores profesionales cuyos cauces poco se afectaron por ese tipo de esfuerzos.

Después de la Segunda Guerra Mundial hubo un momento en que esto parecía cambiar cuando la Unesco acogió los propósitos básicos que habían inspirado la obra de Wells sobre Historia Mundial. La idea de una Historia Mundial pensada en función de una educación para la paz, a través de un texto ampliamente compartido, entonces se tradujo en un gran proyecto colectivo. El proyecto fue lanzado en 1951 y estuvo diseñado como un texto en seis tomos bajo la denominación de *History of Mankind: Cultural and Scientific Development*. La interesante historia de dicha empresa fue rescatada por

⁴¹ Estos hechos, Wells los conocía perfectamente. Ver N. Elías, “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?”, en V. Weiler, (comp.), *Figuraciones en proceso*. Bogotá, UN, UIS, Fundación Social, 1998, pp. 37-44.

Gilbert Allardyce⁴² precisamente en el contexto de los debates sobre la enseñanza de la Historia Mundial. La experiencia de la Gran Guerra aún estaba fresca. Al igual que la obra comentada de Wells, el proyecto de la Unesco confiaba en que era posible una educación para la paz desde la Historia Mundial. A la sombra de la experiencia de guerra reciente, ésta era entonces una idea compartida por un buen número de profesionales de la historia. De nuevo, la expectativa radicaba en la idea de que la comprensión mutua de los pueblos alimentaría la paz; tal comprensión presupondría el conocimiento recíproco desde las respectivas historias.

Era asunto de la academia fabricar la obra y con ella, efectivamente, se comprometieron historiadores destacados a nivel internacional. El cuidado del nivel académico del trabajo, sin embargo, no impidió que el producto fuera diseñado para la divulgación masiva en el mundo; era algo obvio que se iba a escribir para los pueblos. Se trata como vimos del mismo interlocutor en el que había pensado Wells. La idea de historia para el pueblo, tan extraña a las carreras académicas fundamentadas en la validación por los pares especialistas, no comportaba en sí mayor novedad. No sólo las historias nacionales del pasado se habían producido para un público popular crecientemente alfabetizado; la línea de tradición asociada a la Historia Mundial también presentaba ese rasgo y no solo en el caso de Wells. La *Weltgeschichte* (Historia Mundial) de Friedrich Christian Schlosser, por ejemplo, también se había escrito para el pueblo, ciertamente para uno en particular, que era el alemán.⁴³ La Historia de la Humanidad, que se iba a producir bajo los auspicios de la Unesco, no se iba a escribir para un pueblo en particular; se quería rescatar la unidad por sobre las particularidades, se desconfiaba de la utilidad de la nación como articuladora de una historia con pretensiones pedagógicas de paz. Esta circunstancia le confiere particular interés a la experiencia del proyecto de la Unesco, pues, esta vez, los historiadores profesionales comprometidos con el proyecto tuvieron que enfrentar unos problemas conceptuales cuya solución tenía consecuencias prácticas. En esa coyuntura, por un instante, parecía ablandarse la oposición casi cerrada del gremio contra la Historia Mundial.

⁴² En su exposición se basan mis anotaciones sobre este tema. G. Allardyce, "Toward World History: American Historians and the Coming of the World History Course", *Journal of World History*, 1990, Vol. 1/1, pp. 23-76, allí también se comenta a otra iniciativa similar pero que se frustró muy pronto en la Comisión para la Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones en 1925, ver p. 30.

⁴³ Dicha obra, señalaba desde el mismo título que era *für das deutsche Volk*, es decir, para el pueblo alemán. Tengo a la mano el 16° tomo de la edición general no. 26 (equivalente a la "tercera edición original popular"), Leipzig y Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1904.

Reviste particular interés el esfuerzo que entonces se hizo para conseguir una Historia Mundial de espíritu verdaderamente democrático; éste demandaba entonces que todas las partes estuvieran presentes de acuerdo con un principio de equidad. Para garantizar la aplicación de tal criterio general de un modo cualificado, se convocaron nutridos equipos de especialistas en la historia de las diversas regiones del mundo. Louis Gottschalk lideró el trabajo sobre el tomo cuarto dedicado al período que se extiende entre 1300 y 1775. El trabajo de su grupo es el que más ampliamente expone Allardyce en el artículo citado. El manuscrito que resultó del esfuerzo por compaginar las experiencias múltiples sufrió escollos graves. Una vez puesto en circulación, le llovieron críticas desde todos los lados, formuladas de acuerdo con los más diversos criterios: Un tipo de comentario consideraba que el tomo era incompleto. Representantes de las más diversas unidades, comunidades y organizaciones sentían que “sus representados” habían quedado subrepresentados o subvalorados. Por lo visto, esto no se había podido evitar, a pesar de que Gottschalk llevara lo más lejos posible su empeño por lograr una historia realmente “equitativa”. Por otro lado, se criticaba el resultado justamente porque reflejaba esa orientación de Gottschalk. Roland Mousnier, uno de los críticos que formularon sus comentarios desde esa perspectiva, señalaba que el enfoque de “separados pero iguales” de Gottschalk había ocultado el hecho más significativo de la historia mundial en el período estudiado: el ascenso de occidente.⁴⁴ Mousnier atribuía esta debilidad a la falta de voluntad de formular prioridades y un sistema de “jerarquías” capaces de establecer la relativa importancia de los pueblos y de las civilizaciones en el tiempo. Finalmente, el enfoque practicado no podía ni quería servir a ningún esfuerzo de síntesis. El carácter sumatorio y enciclopédico anulaba los esfuerzos de interpretación de conjunto. A su vez, esto tenía que afectar los propósitos pedagógicos de la empresa, ya que las cosas no hablan por sí solas. La decisión por el método de la agregación de partes básicamente iguales no era, al menos en un inicio, fruto claro de conceptos explícitos de la historia; primaba más bien el absoluto respeto a las susceptibilidades diversas que hizo que se eludieran las comparaciones entre las distintas comunidades culturales en cuestión y, de este modo, resultó prácticamente imposible que se cumpliera el propósito original. El sentido genuino de una Historia Mundial se perdía porque en la sumatoria por partes iguales no se puede encontrar ninguna articulación y, por consiguiente, ninguna explicación histórica a escala mundial. Así, la historia mundial sencillamente no tiene ningún sentido; en realidad la promesa de la escala mayor no se cumple porque a fin de cuentas queda ausente. Gottschalk,

⁴⁴ Ver, G. Allardyce, “Toward World History...”, *op. cit.*, pp. 35-37.

por su parte, se defendía con el argumento de que su trabajo representaba “un concepto de historia mundial igualmente justificable”⁴⁵

Sobre todas esas cuestiones conceptuales implicadas en la experiencia comentada, hasta la actualidad no se han producido ningunos consensos generales entre los historiadores. Podríamos, por consiguiente, hablar de problemas abiertos o pendientes en lugar de pensar en términos de cosa juzgada, en relación con la pertinencia de la Historia Mundial tanto como acerca de la cuestión de cómo construirla.

Historia Mundial y eurocentrismo

En el plano declaratorio, hoy en todas partes, o en casi todas, es de buen tono hablar mal del eurocentrismo. Tan así es que la negativa se ha convertido en una suerte de imperativo moral. Las fuentes que propician tal postura general varían bastante y así mismo lo hacen las medidas cuya aplicación se cree apropiada para enfrentar el mal. El campo de la Historia Mundial es particularmente propenso a sufrir las consecuencias de la correspondiente confusión.

Como vimos a través del ejemplo del libro sobre *La riqueza y la pobreza de las naciones* de David Landes, siguen teniendo un peso enorme los modelos y conceptos desarrollados en la tradición eurocentrista, aún en donde se intenta la síntesis y no se elude el trabajo de interpretación a escala histórica mundial. Habrá que identificar los problemas epistemológicos de dichos conceptos en lugar de operar con señalamientos moralistas genéricos para superar sus escollos relacionados con el conocimiento. Será preciso, pues, identificar con precisión cuáles son los problemas propiamente conceptuales y cuáles son las dimensiones emocionales implicadas, porque la lucha contra el eurocentrismo también se alimenta de la incomodidad sentida frente a los poderes establecidos, sin que ella conduzca a una clara conceptualización de sí misma. En este orden de ideas, resulta imperiosa la necesidad de explicitar las características que el eurocentrismo comparte con todos los etnocentrismos; de lo contrario se va a reforzar la ficción de una Historia Mundial a partir de nuevos centrismos. El potencial de la Historia Mundial por esta vía se reseca porque en vez de la superación de los escollos conceptuales del eurocentrismo, éstos simplemente se trasladan a otras “regiones”.

Immanuel Wallerstein piensa que la superación del eurocentrismo en las ciencias sociales debería comenzar por reconocer la singularidad del desarrollo del capitalismo tal como se ha dado, es decir, como sistema mundial bajo la hegemonía europea. No se debería, dice él, interpretarla como una evolución

⁴⁵ Citado en *ibid.*, p. 36.

necesaria ni, desde luego, como positiva o meritoria.⁴⁶ ¿Cómo lograr esto por fuera de una Historia Mundial? Una enorme bibliografía sobre la temática da testimonio de la circularidad de numerosos esfuerzos por dar con una solución del problema.

Avances dignos de particular atención ha logrado Eric L. Jones, un historiador conocido desde hace décadas como uno de los conocedores más competentes de la historia económica británica y europea. Desde hace también ya bastantes años, Jones viene dilatando el horizonte geográfico y temporal de sus indagaciones. Un resultado de este proceso es su libro *Crecimiento recurrente. El cambio económico en la historia mundial*⁴⁷ Para nuestros efectos, resulta de interés la relación entre las revolucionarias tesis centrales del libro y su relación con el horizonte histórico mundial. En primer lugar, se encuentra el distanciamiento de los conceptos que tradicionalmente enjaulan el estudio del desarrollo económico europeo en los ciento cincuenta o doscientos años más recientes. Ante todo se evitan los conceptos que son, ellos mismos, expresión de la percepción singularizante de la industrialización. “Despegue”, por ejemplo. Especialmente importante resulta la apertura conceptual que permite asociar el estudio de una forma específica de crecimiento al estudio de otras. Esto se logra mediante herramientas conceptuales que presentan un grado de generalidad mayor a todos los conceptos creados para aprehender períodos, lugares o fenómenos particulares. Para el caso de Jones resultan claves en este sentido “crecimiento” y “propensión al crecimiento”; luego, la diferenciación entre “crecimiento extensivo e intensivo”. Se encuentra una herramienta que permite la construcción de hipótesis que son susceptibles de ser controladas empíricamente. No hay, de entrada, una limitación del tiempo pues resultan relevantes todos los tiempos. Toda definición previa de algún período recortaría el alcance de los enunciados centrales. La línea de argumentación que Jones construye se puede resumir, en términos muy generales de la siguiente forma: 1º En todas las sociedades humanas encontramos alguna propensión al crecimiento; al lado de ella se encuentra su rival, la propensión a la renta, distribuida de la misma manera. 2º La propensión general al crecimiento incluye, en principio, la de un crecimiento intensivo. 3º Aunque no conocemos toda la historia, sí contamos con pruebas claras de que hubo crecimiento intensivo en varios casos fuera del Viejo Continente y de forma independiente del crecimiento intensivo de éste; en estos casos, la propensión general al crecimiento le ganó a la de la renta. 4º El problema entonces resulta estar en las circunstancias que permiten que

⁴⁶ Ver nota 31.

⁴⁷ Barcelona, Alianza Ed., 1997 (orig. Oxford University Press, 1988).

se imponga una u otra de esas propensiones y los casos en que procesos de crecimiento muy avanzados se han truncado pueden ser estudiados desde una perspectiva distinta a la que se limita a constatar que las cosas resultaron como resultaron, porque se dieron de modo distinto al que finalmente se impuso desde Europa. Para Jones, la decisión entre las dos propensiones básicas señaladas remite a la política y las instituciones. No hay lugar para discutir el tema aquí; me limito a insinuar que Jones va un poco más allá que el institucionalismo corriente.

Quise referirme a un representante de la Historia Mundial del tipo que creo necesario en vez de formular pautas ideales abstractas. El caso de *Crecimiento recurrente*, de paso, puede servir como demostración de que el aumento de escala en historia no significa necesariamente el aumento de la laxitud profesional. El control mediante evidencia no cambia de naturaleza por la escala. Lo que ocurre es que este control a escala mundial no puede ser el producto de individuos aislados. La Historia Mundial obliga a la cooperación en una medida que otras escalas no siempre demandan.

Pienso que las reflexiones sobre Historia Mundial en Colombia podrían ganar si la agenda incluyera la tematización de las resistencias que contra ella se abriga; las generales, desde las tradiciones dominantes en el oficio, hasta las muy locales. En este plano nos hemos habituado a asumir como algo normal el privilegio de abordar los problemas mayores de (los colegas procedentes de) los países ricos y poderosos. También será necesario hacer el deslinde entre cuestiones de recursos y de concepto. Advierto que los recursos entonces se van a manifestar como problema menor; intuyo que se trata de asuntos que los historiadores no deberíamos dejar a unas iniciativas impulsadas desde posturas muy distantes frente a la historia.